
LA DOBLE VIDA DE ALEJANDRO GAVIRIA

*He llevado una doble vida,
siempre me han interesado las palabras, el lenguaje.
Desde chiquito he tenido un existencialismo,
una protesta por el paso del tiempo.
Eso he visto en la poesía: necesito ese elemento,
esa forma sofisticada de protestar por el paso del tiempo.*

A.G.U.



ANA
CRISTINA
RESTREPO
JIMÉNEZ

Carmen de Bolívar, 2 de septiembre de 2014. Las aspas de los helicópteros levantan el polvo seco de la cancha de fútbol del estadio municipal, donde espera un escuadrón antidisturbios. En el atrio de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, decenas de familias gritan arengas contra el Gobierno. Los locales comerciales no abren al público. Una que otra moto, con una niña desvanecida como parrillera, pasa con rumbo al centro médico.

Todos lo saben: hoy llega el ministro de Salud para atender las quejas de casi trescientos cincuenta jóvenes que, según sus padres, han sido afectadas por la vacuna contra el virus del papiloma humano (VPH). Para la comitiva fue imposible viajar por tierra: la Troncal de Occidente estaba bloqueada, se reportaban enfrentamientos con la Fuerza Pública.

Una vez aterriza el ministro con el gobernador de Bolívar, Juan Carlos Gossaín, un general de la policía los alerta: “Ustedes no salen de aquí. El pueblo está alborotado”. Regresa unos minutos más tarde: “¡Me sacan ya los helicópteros de esta cancha, los pueden quemar!”.

Retiran las naves. Esconden al ministro y sus acompañantes en un camerino...

Esa misma noche, en el silencio de su biblioteca en Bogotá, Alejandro Gaviria enciende un *Kindle*. Carolina Soto, su esposa, y Tomás, su hijo de ocho años, duermen. Lee “Tocando las puertas del cielo: el camino hacia una mejor forma de morir”, reportaje de Katy Butler. Toma nota en una libreta: “Los perversos incentivos de algunos sistemas de salud modernos y las consecuencias inesperadas de los cambios tecnológicos han cambiado completamente nuestra forma de morir. Para mal”. Se quita las gafas, se frota los párpados. Y descansa las pocas horas que aún le ofrece la madrugada gélida.

El hombre de familia

El actual ministro de Salud y Protección Social es ingeniero civil de la Escuela de Ingeniería de Antioquia, magíster en Economía de la Universidad de los Andes y doctor en Economía de la Universidad de California (San Diego). Ha publicado tres libros: *Los que suben y los que bajan: educación y movilidad social en Colombia* (2002), *Del romanticismo al realismo social y otros ensayos* (2005) y *Uribenomics y otras paradojas* (2008); es coautor de otros tres, editor de dos y compilador de uno.

Alejandro Gaviria Uribe jamás ha dormido en un hospital. No se ha quebrado un hueso. Su piel no conoce sutura. Es una casualidad que su nombre, de origen griego, quiera decir “el protector”. También lo es la fecha de su cumpleaños, 25 de junio, que comparte con George Orwell, uno de sus escritores predilectos.

Pero las casualidades no suelen tener mayor valor en el mundo de un escéptico. Como él.

En 1965, Juan Felipe Gaviria viajó a Santiago de Chile con su esposa, Cecilia Uribe, para especializarse en Estadística matemática. Allí nació el primero de sus cuatro hijos, Alejandro. “¡Una guagua muy linda!”, exclamaban sus amigos chilenos frente a la cuna.

A los dos años, ese niño tranquilo y alegre, regresó con doble nacionalidad a la tierra de sus padres. Disfrutó su primera forma de independencia en el kínder Pinocho, para entonces ya tenía una hermana, Ana María; la enciclopedia de *El Mundo de los niños* (“para ver y abrazar”); y una obsesión: un casco de bombero que no se quitó durante dos años. Su madre lo llevó varias veces a la estación de Buenos Aires, se arrojó abrazado a la barra, se acostó en la camilla y montó en el carro rojo de la sirena escandalosa, con escaleras y mangueras.

Los tres hermanos mayores, Alejandro, Ana María y Matías, nacieron con dieciocho meses de diferencia. Pascual, el menor, cuatro años después.

Desde que comenzó la primaria en el Instituto Jorge Robledo, “Alejo” se destacó por ser estudioso y “mamagallista”.

A los siete años, dos sucesos marcaron su infancia: un vecino con quien jugaba fútbol se ahogó; y unas semanas después, otra niña del barrio murió quemada en un bus. La psicóloga Irene González, “la doctora que quita miedos”, no solo



Alejandro Gaviria celebra en casa, con sus padres y hermanos, su Primera Comunión. Archivo personal Familia Gaviria Uribe

lo ayudó a salir de la tristeza sino a vencer su temor al fracaso. Prefería no jugar antes que perder.

En su alcoba siempre tuvo una pecera que él mismo cuidaba. Pasaba las tardes encerrado, tirando una pelota contra la pared, lanzando dardos a una diana clavada en la cabecera de su cama o leyendo los libros de su propia biblioteca, nutrida con ficción (con autores como Jorge Luis Borges y Fernando Vallejo) y adornada con una colección de piedras. No le hablaba a nadie, era muy reservado. Ha sido un “cusumbo solo”, dice su madre.

“Alejo siempre estaba inmerso en el mundo de la lectura, mientras nosotros veíamos televisión y montábamos en bicicleta”, recuerda Pascual. El mayor de los Gaviria Uribe, de vez en cuando bajaba a nadar y echarles bombas de agua a los carros.

“A él le dio una cosa contra mí. Yo era la bruja que le organizaba todo —evoca Cecilia—, fue un adolescente difícil, pero nunca grosero”.

Su padre, destacado profesional en los sectores público y privado, solía viajar por carretera con su familia. Fueron a la costa atlántica, alguna vez bajaron hasta Pitalito. Solo ahora, en sus múltiples correrías por el país, el ministro ha revivido con regocijo aquellas épocas de largos trayectos y paisajes prodigiosos.

Alejandro logró el mejor puntaje Icfes de su promoción de egresados del Jorge Robledo; como regalo de graduación sus padres le dieron un álbum de la que siempre ha sido su música favorita: los vallenatos.

La biblioteca de la familia tenía libros técnicos y literatura clásica, poco o nada de filosofía. La pasión por la obra de Estanislao Zuleta proviene de su padre, quien fue muy amigo del pensador y asistía a las tertulias en su casa en el barrio Robledo.

“Zuleta era una persona que creaba discípulos de verdad. En esa época era un coctel muy peligroso: Cristo, Marx y Bolívar”, relata Juan Felipe. A sus hijos los “encarretaba” oírlo hablar del filósofo; con dureza y ternura a la vez, logró transmitirles la perspectiva zuletiana... “La vida es para complicarla”. Alejandro reconoce que su afinidad con las ideas de Zuleta también proviene de un profesor de bachillerato, Ignacio Álvarez, y de Pascual “que lo va contaminando a uno”.

En el primer semestre en la Escuela de Ingeniería de Antioquia (EIA) le impusieron matrícula condicional: no entraba a las clases o se salía de ellas; y cuando no necesitaba sacar nota para ganar una materia, solo firmaba los exámenes y entregaba. “Era una cosa medio rebelde, infantil”.

Su talón de Aquiles en ingeniería fue el dibujo, y su gran ventaja las matemáticas. Se dedicó durante algunos meses a la programación de computadores.

En 1988, pronunció un discurso de graduación muy polémico y crítico, no les agradecía a los padres, ni a la universidad, ni a los profesores. Se trataba de la protesta de un ingeniero por la falta de enseñanzas humanísticas: “Cada que aprenden más, olvidan más”, dijo, citando a Estanislao Zuleta. Tanto su padre como Nicanor Restrepo conocieron el discurso con antelación y, a pesar de estar impactados por el contenido, lo apoyaron.

“Me quiero ir ya de Colombia”, le dijo “Alejo” a sus padres después de una noche de miedo. Después de dejar a la novia en su casa en el barrio Los Colores, fue interceptado en el puente de Colombia por unos drogadictos; lo llevaron a un lote baldío, le hicieron quitar los zapatos y lo amenazaron de muerte. Le robaron el carro.

Ese año, 1989, viajó a Boston a estudiar inglés. Diez meses fueron suficientes para que uno de sus profesores le escribiera: “Usted es un Hemingway colombiano, escribe mejor que muchos americanos”.

Al regresar a Colombia, se mudó a Bogotá con su familia. Juan Felipe Gaviria había sido

nombrado presidente de Acerías Paz del Río, luego fue ministro de Obras Públicas.

Alejandro ingresó a la maestría en Economía de Los Andes. Comenzó a asistir a clases sin estar seguro de su elección: “La economía es una disciplina de desubicados”. Hoy recuerda que, cuando era decano de la facultad en la universidad que lo formó, solía preguntarles a los estudiantes cuándo habían optado por economía y casi todos respondían: “El último mes”. La percepción general es que quien quiere ser economista busca convertirse en corredor de bolsa y ganar plata: eso no es la economía.

“La economía es una forma mundana de filosofía, filosofía aplicada a los asuntos prácticos de la vida. Una filosofía de tenderos”.

Instalarse en Bogotá fue liberador. Le gustó vivir sin la sombra de su papá.

A finales de los noventa, obtuvo la beca Lauchlin Currie para estudiar un doctorado en Economía en la Universidad de San Diego, California. Decidió dejarle su biblioteca de ficción a Pascual, quien no tiene la más mínima intención de regresar los libros. No obstante, hace un año se arrepintió, quiso devolverle *El mensajero*, la biografía de Porfirio Barba-Jacob, aprovechando que su autor, Fernando Vallejo, estaba en la ciudad. Haría firmar el libro para su hermano.

“Vallejo vio la edición y dijo: esta es la vieja hijueputa que me cambió la edición, ¿este subtítulo no iba!”, relata Pascual.

Tal cual lo escribió en el libro. Además, rayó la portada de esa edición de Planeta (1991).

Siguió toda la línea de sacramentos católicos hasta su primer matrimonio, con Tatiana Urrea, y el bautizo de su primera hija, Mariana, nacida en San Diego. La joven de dieciocho años, estudia Literatura en Nueva York y comparte sus poemas en un blog:

*... voices around me scream,
my body does not want to hear
my spring elusion will supreme
“no” they scream, the end is near...
 (“Dreams”)*

Su segundo matrimonio, con Carolina Soto, viceministra de Hacienda, fue por lo civil. Su hijo Tomás no fue bautizado. Ya estaba claro el destino del escéptico.



En plena Asamblea Mundial de la Salud en Ginebra, Suiza, el ministro Gaviria tomó un momento para honrar la memoria de uno de sus escritores favoritos: Jorge Luis Borges

Después de ser investigador del Banco Interamericano de Desarrollo, subdirector de Fedesarrollo y del Departamento Nacional de Planeación, decano de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes y columnista dominical de *El Espectador*, el expresidente César Gaviria le propuso ser ministro de Salud del gobierno Santos. Se posesionó el 3 de septiembre de 2012.

Cuando viene con su esposa e hijo, le gusta ir a la finca en El Retiro y salir a caminar con los perros. El tío “Alejo” es el más niño de la familia, el “recreacionista” que les organiza carreras de costalados y partidos de fútbol a los sobrinos. En escasas oportunidades, sube la euforia y canta vallenatos frente a todos. Pero en las noches se dedica a la lectura, baja un par de veces y se sienta frente a la chimenea con todos, intercambia un par de palabras... y regresa a sus libros.

“Alejo es un tipo muy tranquilo, más bien callado”, dice su padre, exalcalde de la ciudad. “Es el más independiente de mis hijos, la vida lo ha llevado a eso”, comenta la mamá.

En junio de 2014, Alejandro se vio obligado a atender una emergencia médica. Estaba con la familia en la finca, su padre se quejó de gastritis; de repente, lo vio recostado contra una mesa, retorcido del dolor. Se asustó mucho, sabía que los síntomas de la gastritis son parecidos a los de un infarto. Con su madre, lo llevó al Hospital San Vicente de Paúl (cerca al aeropuerto), ingresó por urgencias. Nadie advirtió su identidad. Cuarenta y cinco minutos después, su madre les dijo quién era Alejandro.

“No le fue bien a mi papá: en las urgencias se equivocaron con la dosis de hipertensivos, le dieron una muy bajita, se le subió la presión. Permaneció tres días internado. Era un puente, le tenían que hacer un examen y el especialista nunca apareció. Fue muy complejo”, recuerda el ministro.

El diagnóstico: una angina de pecho. Juan Felipe Gaviria no sufrió lesión en el corazón.

El bibliófilo

Mi verso mudo, mi callado verso
pero aciago —mal le pesen las riendas—,
¿a dónde de este yugo iremos a quejarnos
y a quién decir la vida que llevamos?
Por mucho que, pasadas ya las doce, buscando
detrás de la cortina, con cerillas, el ojo de la luna,
expulses de los restos de tu mueca opaca
con la mano, en la mesa, de la locura el polvo.
Por mucho que embadurnes este engrudo escrito
más denso que la miel, ¿con quién quebrar
en la rodilla, o en el codo al menos,
una vez más, el trozo ya cortado, mi callado verso?

(“Mi verso mudo, mi callado verso...”, de Joseph Brodsky. Versión de Ricardo San Vicente)

Quien hurga en los anaqueles superiores de la biblioteca de Alejandro Gaviria, encontrará ciertas presencias inevitables. Desde la alucinación cotidiana y culta de Joseph Brodsky hasta los silencios enigmáticos y simbólicos de José Manuel Arango:

Te hablo y mis palabras
se rompen en el borde de tu sueño,
se entretejen con él,
se mudan.

Me das la mano
y no recibo tu mano en mi sueño,
porque allí no penetra tu mano
que se hace otra para ser mía.
Alguien dice algo según su sueño
y alguien otro lo oye desde el suyo.
Alguien entrega algo a algún otro
y este otro recibe otro algo.
Si me contaras tu secreto
no lo comprendería.
Paso mi palma delante de tus ojos
y no me reconoces.

(“Sonámbulos”)

Quien hurga en los anaqueles superiores de la biblioteca de Alejandro Gaviria, encontrará ciertas presencias inevitables. Desde la alucinación cotidiana y culta de Joseph Brodsky hasta los silencios enigmáticos y simbólicos de José Manuel Arango.

“He llevado una doble vida, siempre me han interesado las palabras, el lenguaje. Desde chiquito he tenido un existencialismo, una protesta por el paso del tiempo —dice el ministro lector—. Eso he visto en la poesía: necesito ese elemento, esa forma sofisticada de protestar por el paso del tiempo”.

Alejandro practica, como diría Borges, esa sutil forma de crítica literaria que es organizar la biblioteca. En los estantes inferiores están los libros raros: una primera edición de *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift (siglo XVIII), que compró en una subasta de e-bay por doscientos dólares. El paquete llegó a su apartamento en una caja con una carta: “Este libro llegó a mí por casualidad, lo compré con una caja de libros fantásticos. Se lo quise mandar a usted por una razón: me estoy muriendo de cáncer y me pareció interesante que a alguien de Colombia le gustara. Solo le pido un favor: colecciono estampillas con mi nieto, mándeme algunas de su país”.

Entre su colección de rarezas literarias está una primera edición de una autobiografía de John Stuart Mill. En una noche de desvelo, en las subastas de e-bay, adquirió su joya más reciente: una copia de *El agente secreto*, de Joseph Conrad, que perteneció a Borges y este le regaló a una de sus primeras pretendidas, Haydee Lange, a quien dedicó un poema en *Los conjurados*, su último libro de poesía.

En el anaquel siguiente están los ensayos y novelas y en el último, arriba, los libros de poesía. Para llegar a ellos es necesario un banquito. Entre estantes, se destacan algunos minerales, amonitas de muchos tamaños, madera petrificada, fósiles de dientes de oso y caballos, ámbar con insectos y un fragmento de meteorito. “Me gustan como adorno, como su permanencia, su indiferencia ante nuestras cortas vidas”.

“La literatura que no lo marca a uno, no hace nada”, es por eso que regresa a ciertos párrafos

de obras como *Las nieves del Kilimanjaro* y *La breve vida feliz de Francis Macomber*, de Ernest Hemingway; o a “la prosa bonita e interesante” de *Los días azules*, de Fernando Vallejo.

En este momento, retorna a *El agente secreto* de Joseph Conrad (una vieja edición en inglés), novela que lo hace reflexionar sobre el terrorismo como una forma sofisticada y perversa de participación política.

Su pasión por Conrad surgió una tarde en Washington, cuando trabajaba en el Banco Interamericano de Desarrollo. En la revista *Cambio* leyó una columna de García Márquez sobre el escritor británico en Colombia; movido por la curiosidad, se dirigió a la biblioteca del Congreso: “Me entregaron ciento y pico de biografías. Pero creo que falta. Es más, en Colombia uno puede buscar algo que nadie ha encontrado: los archivos que muestran que efectivamente el nombre de él está aquí”. Gaviria detalla sus hallazgos sobre la vida del novelista: “Una vez, el historiador Hermes Tovar se encontró unos archivos de barcos de finales del siglo XIX; esto es de 1876. Estuve hablando con él y me dijo que eso se puede encontrar en el Archivo Nacional o en Cartagena. Yo quiero seguirle la pista”.

Ha leído *Nostromo* en tres oportunidades (atesora una primera edición, de 1904).

El primer texto que conoció sobre esa obra fue “El Nostromo de Joseph Conrad”, del historiador inglés Malcolm Deas, quien dice que se interesó en Colombia tras la lectura de dicha ficción. Entonces, Alejandro escribió “De un posible Joseph Conrad en Colombia”. Después fue publicada la novela *Historia secreta de Costaguana*, de Juan Gabriel Vásquez.

A partir de diversas biografías, Gaviria busca esclarecer la suerte del autor entre agosto y septiembre de 1876, en su época de marinero en el Caribe: “Si Joseph Conrad pisó alguna vez los Estados Unidos de Colombia, probablemente lo

hizo en este lapso. Los biógrafos de Conrad han descubierto, a veces con más imaginación que disciplina, muchos detalles sobre sus andanzas en aquellos días”.

Algunos sábados se dedica a la cacería de libros, su compañero de expedición es Álvaro Castillo, de la anticuaria San Librario.

Si tuviera la oportunidad de tantear en las canecas de basura de escritores de la Historia, para leer su material desperdiciado, intimidades y miserias, elegiría la de George Orwell y la de su profesor de francés en el internado Eaton, Aldous Huxley. Para Gaviria, *Un mundo feliz* y *1984* son dos libros imprescindibles, que siempre recomiendan en su curso de Introducción a la economía. Son dos críticas necesarias, desde dos polos.

La última novela que leyó es *Departamento de especulación*, de Jenny Offill, recomendada por *The New York Review*: una historia sobre la vida doméstica y la infidelidad. Los fines de semana, recorre las reseñas de *The Guardian* y *The New York Times*, y recibe las recomendaciones de Amazon, sitio para el cual escribe comentarios bibliográficos.

Mientras lee *La religión del futuro*, de Roberto Unger, medita sobre cómo lidiar con la muerte, la insatisfacción como problema antropológico. “Son casi fallas evolutivas irremediables: buscamos algo, lo conseguimos, y de inmediato estamos insatisfechos”, afirma. Es entonces cuando entra en juego la poesía...

Desde hace un par de meses, promueve poemas en Twitter: “Siempre he pensado que alguien va a decir: ministro coja oficio, dedíquese a la salud que para eso le pagamos. Y ya les tengo respuesta: otro juegan golf, a mí me gusta leer mis libritos y compartirlos por redes sociales”.

“Me gusta la poesía porque me gusta el lenguaje, porque veo una cierta espontaneidad que uno no encuentra en otras formas de la escritura”, y agrega: “La poesía es una pregunta por el escepticismo. El escepticismo no es todo”.

El escéptico

Para él, la actitud escéptica es clave en discusiones de política o de cambio social, es el camino que evita el desvío hacia los fundamentalismos peligrosos.

Gaviria no es relativista. Cree que hay hechos irrefutables, no solo interpretaciones convenientes.

La evolución es verdad; el diseño inteligente, mentira. Las teorías por supuesto son contingentes (la evolución es un hecho, no una teoría) y la búsqueda de la verdad empieza por la duda y el escepticismo.

En el *Manual de Ateología* (Tierra firme editores, 2009) escribió un ensayo en el cual narra la evolución de su escepticismo, desde que se asomaba como una rebeldía adolescente, sin fundamento. Desarrolla su argumentación en tres líneas: represores sexuales, predicadores charlatanes y la razón. No considera relevante discernir entre agnosticismo y ateísmo. El agnosticismo, dice, es un eufemismo.

El alma es una abstracción necesaria.

Los autores que han formado y reforzado su pensamiento escéptico son Charles Darwin, Richard Dawkins, Daniel Dennett y Steven Pinker. Mucho después, encontró a Christopher Hitchens.

Su escepticismo se extiende a todo lo sobrenatural “¿Brujas, que las hay...? ¡No las hay!”. Y sigue la broma: “Es más, como hincha de Nacional, ya no le estoy creyendo a Osorio”.

El escepticismo moderado es saludable, explica: “Una de las cosas más difíciles de los sistemas de salud modernos es que tiene que lidiar con las promesas de las nuevas medicinas. La vida multicelular empieza en este planeta hace quinientos millones de años, con la explosión precámbrica. El conocimiento de los mecanismos celulares lleva si mucho cincuenta años, esto es, la medicina no conoce de fondo todos los mecanismos celulares. Es en el fondo un ensayo y error sofisticado, por lo tanto uno tiene que tener un escepticismo sobre lo nuevo”. No es extraño que la última droga que “lo cura casi todo”, resulte ser inocua cinco o diez años después. “En medicina lo que funciona es más bien lo viejo, lo probado. Por eso es muy importante el escepticismo sobre la ciencia o la tecnología”. (Acto seguido, el ministro que a diario sube por las escaleras diecisiete pisos hasta su oficina, confiesa que toma pastillas de pescado, para mantener la salud cardiovascular... a pesar de que publicaciones como *The New York Times* han advertido sobre esos placebos irresistibles).

En su opinión, el escepticismo tiene que coexistir con la capacidad de asombro: hay cosas que es preciso asimilar de otro modo, sin explicarlo.



Fotos Archivo personal Alejandro Gaviria Uribe

La palabra libertad es difícil de definir y ahí cabe mucha cosa, pero me gusta definirme como liberal, me parecen importantes las libertades individuales, me siento muy identificado con el texto de John Stuart Mill sobre la libertad. Uno debe permitir todas las formas de vida posibles.

La explicación de las formas naturales está en la biología. Pero para pensar fenómenos como el miedo o el amor, prefiere acudir a lo que los antropólogos llaman los “universales humanos”: lo que todos sentimos y que no son explicaciones sino descripciones.

El lector de ciencia ficción

Aunque no cree en la eternidad, le interesa profundizar en las lecturas de ciencia ficción sobre la corriente del transhumanismo: “Cogen nuestro cerebro y hacen un *upload* a un computador, con todas nuestras conexiones neuronales, y después de doscientos o trescientos años se lo pueden meter a una cosa: un robot u otro ser humano. En el fondo la eternidad es eso: la información que tenemos y la posibilidad de guardarla por un rato largo”.

El economista

“Estamos en el ojo del huracán. Es un tema más allá de la arrogancia, tiene que ver con el conflicto de intereses entre muchos economistas: eran profesores de día, iban a juntas directivas en la tarde.

Algunos se convirtieron en los justificadores de las peores formas del capitalismo”.

Considera que la soberbia de algunos economistas proviene de su confianza en el método. Bajo su óptica, la economía ha logrado conquistar ciertas áreas de las ciencias sociales: “Hoy, con el *behavioural economics*, hay una aproximación a la psicología y la antropología”. La ventaja de los economistas proviene de cierto reduccionismo: “Si hablo de un problema del cambio social con un sociólogo salen flechas de todos lados. A los economistas les ayuda que tienen el microscopio más afinado, pueden entender ciertas conexiones causales estrechas”.

Como ministro de Salud, siente que la disciplina de la que más depende es la epidemiología con su conciencia prerreflexiva y preguntas básicas: ¿de qué se enferma la gente?, ¿de qué se enferma la sociedad?, ¿es la pobreza la que enferma? No obstante, libra una batalla interna con ciertas formas de epidemiología. Los epidemiólogos definen la medicina como un estado de bienestar no solo físico sino mental, lo cual abarca todo: el empleo que

tenemos, la sociedad en que vivimos, la educación que recibimos; es decir, si todo depende de todo, la única manera de cambiarlo es la revolución.

“Yo les digo a los epidemiólogos: tengamos una visión sofisticada de los macrocausales y del contexto. Pónganse en mis zapatos: dos años para resolver un problema, se necesita un sentido de la eficacia de los esfuerzos reformistas”.

Su tesis de doctorado fue sobre asuntos de economía social, con énfasis en la movilidad social: cómo el origen socioeconómico de los padres incide y de qué forma sobre el desempeño de los hijos en la vida (tema que está en boga por cuenta del economista francés Thomas Piketty). Los estudios de Gaviria señalan que Colombia tiene menos movilidad intergeneracional que otros países de América Latina. Los resultados están en el libro *Los que suben y los que bajan: movilidad social en Colombia* (Editorial AlfaOmega Colombiana, 2002).

Aquí entra en el debate el problema cultural. Gaviria parte de la dificultad para delimitar el término cultura: “Entendemos la cultura como un contrato social más allá de lo escrito en la ley”. De acuerdo con su experiencia, un factor cultural muy difícil de cambiar en Colombia es el cumplimiento de la ley por cuestión de principio.

La aventura reformista tiene que razonar que las normas sociales cambian poco a poco, como lo propone Antanas Mockus. Una política pública óptima debe conjugar las leyes (mecanismos institucionales para su cumplimiento), la moral (somos los propios guardianes de su cumplimiento) y la cultura (control social). “Lo que no podemos permitir es que las leyes terminen desplazando o empobreciendo la moral y la cultura”, concluye.

En Colombia, es evidente la presencia de restauradores sociales que buscan el cambio social con base en un libreto: el comunismo, el fascismo, ciertas formas del socialismo. En ese espectro están desde Jorge Enrique Robledo hasta Álvaro Uribe.

El orden para una intervención social con miras a un cambio cultural tendría que ser orientado y enfocado hacia un cambio particular específico. Por ejemplo, el mal uso de las urgencias en los hospitales y la solicitud de incapacidades innecesarias son dos situaciones críticas del sector salud: la pedagogía es imperativa.

Sin adoptar el discurso políticamente correcto (y reinante) de la educación como panacea, el ministro la considera como un factor clave para la movilidad social, y cree que su observación detallada podría ser el camino para alcanzar la cultura de la legalidad y el respeto de la norma.

¿Qué opinión le merece la universidad pública en Colombia?

“Es una de nuestras grandes falencias, cualquier programa de educación superior tiene que trascender las becas que se están promoviendo ahora, que me parecen interesantes. El país debería crear universidades públicas en algunos departamentos y ciudades intermedias casi de cero. Sueño con eso”.

¿Y Colciencias?

“Es una entidad excesivamente burocrática que no ha cumplido con su papel. Ha venido aumentando su presupuesto pero el país cometió un error histórico cuando regionalizó los recursos de regalías para ciencia y tecnología, como si fueran los recursos de la descentralización en general. Recursos hay en exceso. Además, empezó a ser observada como parte del botín burocrático. En países desarrollados, para entidades de ese tipo eligen autoridades científicas, premios nobel”.

Con base en la educación, ¿podemos pensar en un modelo de sociedad?

“Es muy difícil trasplantar otros modelos de sociedad, sería un lugar común hablar de los países escandinavos. Venimos de un legado colonial muy complejo, una sociedad con desigualdades muy profundas, nuestros colonizadores no vinieron con la intención de establecerse sino de arrasar. Más que un modelo de sociedad entera, pienso en políticas públicas específicas para ir cambiando parcelas de la realidad. Podríamos aprender de seguridad social de Chile; cultura, de México; educación superior, de los Estados Unidos”.

El político

En 2009, Alejandro Gaviria mereció el Premio Simón Bolívar con una columna que resultó clarividente: “Matar un elefante”, una argumentación sobre las trampas del aplauso, basada en el ensayo que escribió George Orwell cuando era agente del imperio británico en Birmania. La

multitud le pide que mate a un elefante que tuvo una reacción salvaje, aunque el animal ya está calmado. Acosado por la presión, lo aniquila.

Según la encuesta polimétrica realizada por Cifras & Conceptos en octubre de 2014, el 22% de los encuestados tiene una opinión favorable del ministro de Salud; el 34%, desfavorable; el 44% dijo no conocerlo.

En el mundo de la política no cabe la palabra asombro. Para Gaviria, los políticos son hipersensibles, esclavos de la opinión pública, de las encuestas. Es un ejercicio de narcisismo, de mirarse al espejo todos los días. “Mi tranquilidad es que he sido el que soy”.

Además de la molestia que le causa que un sistema de salud sea juzgado con base en casos particulares y del pulso permanente con el senador Jorge Enrique Robledo, para el ministro resulta complejo el manejo de la presión mediática, basta citar la muerte de Camila Abuabara o su visita al Carmen de Bolívar.

Con frecuencia, almuerza solo en su despacho ministerial. “Y, sí, me siento solo, desamparado ante tantos problemas”.

El espíritu de Gaviria necesita soledad, pero su vida necesita compañía. Las experiencias valen si se comparten: “A veces necesito soledad, esconderme del peso infinito de infinitas miradas”.

El ministro en acción

... Cuando finalmente Alejandro Gaviria pudo salir del camerino en la cancha de fútbol, conversó con alrededor de cincuenta familias de las niñas que denunciaban efectos secundarios de la vacuna contra el VPH.

“Nuestra respuesta fue muy defensiva, defendiendo la vacuna. Nos faltó decir: aquí hay una comunidad sufriendo. Carmen de Bolívar es vulnerable, muy pobre, el 80% de las familias es víctima de violencia política. Cuando llegamos ya estaban metidas todas las fuerzas políticas y una cantidad de gente tratando de pescar en río revuelto”, reconoce.

Lo que ocurrió en esa población es una reacción psicógena masiva. Gaviria explica: “Hay reacciones psicósomáticas a enfermedades, estas son contagiosas. Generalmente ocurre cuando hay un miedo a algo”. La única manera de tratarla ha sido con un placebo, pues las familias

no han aceptado intervenciones psiquiátricas o psicosociales.

El ministro de Salud le confió su número de celular a algunos padres del pueblo. Los insultos no cesan. Todavía su teléfono suena a las dos o tres de la mañana.

Con la rigurosidad del académico y las dudas del escéptico, sigue sin entender ni acatar el sistema de rotación de hojas de vida para nombrar “recomendados” en cargos públicos... encomiendas de politiqueros.

Son pocos los funcionarios que se mueven en el mundo de las ideas. “En política, lo que parece, es”, el ministro cita a Machado de Assis.

¿Le interesa el poder?

“No mucho. Sigo teniendo una actitud escéptica. No me gusta la parafernalia del poder, pero es un mundo interesante para conocer como experiencia de vida. Cuando voy a un hospital y se quieren tomar fotos conmigo, me siento incómodo, no soy Juanes ni un escritor famoso. Esta es una investidura completamente efímera y transitoria”.

¿Por qué aceptó un cargo en el que siempre va a tener críticos sin importar lo que haga o deje de hacer?

“En este sector tan complejo donde hay ciertas incoherencias sociales, donde las expectativas de la gente son muy difíciles de cumplir, creo que estoy vacunado contra la trampa del aplauso, porque aplauso no hay. Pero eso me ha llevado a pensar: la figura éticamente más respetable de un político es la del que hace lo que toca, independientemente de si es popular o no. Me gusta citar una frase de Nicolás Gómez Dávila: ‘Hacer lo que toca, aquí donde lo necesario es imposible’”.

A pesar de haber nacido en Chile, usted puede ser elegido como presidente. ¿Quiere ser presidente?

“No, para nada, en ningún momento. Me parece raro que me pregunte eso, Ana Cristina...”.

Mucha gente lo pregunta. No me diga que usted no lo ha pensado.

“Como estoy aquí (como ministro) la gente me pregunta más. Pero la verdad: no mucho”.

Su decálogo (ver recuadro) deja la sensación de ser escrito por alguien que piensa actuar desde el poder político.

“Puede ser verdad. He leído en estos días las historias de personas que se mueven en el mundo de las ideas y cuando pasan al mundo de la política no les va muy bien: John Stuart Mill fue congresista, estuvo en la Cámara de los Comunes en Inglaterra y le fue mal; Alexis de Tocqueville fue ministro y congresista: muy mal. Muchos de los mejores economistas colombianos, por ejemplo a un gran académico como José Antonio Ocampo tampoco le fue bien, terminó siendo casi un peón intelectual de Ernesto Samper. Pero metido en este mundo y reflexionando sobre el cambio social: la forma más fácil sí es desde el poder”.

Entonces, ¿cuál es el problema?

“En el fondo, si usted quiere tener éxito, que su visión de cambio se materialice, tiene que hacer concesiones morales, traicionarse a sí mismo. Y eso es algo que yo creo que no estoy dispuesto a hacer”.

“No creo que Alejo tenga la condición para ser político de profesión. Él es nombrable más no elegible”, dice su padre. Cecilia Uribe es categórica: nunca le ha gustado que su hijo esté en el sector público.

Pascual asegura: “No veo a Alejo en la movida electoral, ¡jamás!”.

El hombre libre

“La palabra libertad es difícil de definir y ahí cabe mucha cosa, pero me gusta definirme como liberal, me parecen importantes las libertades individuales, me siento muy identificado con el texto de John Stuart Mill sobre la libertad. Uno debe permitir todas las formas de vida posibles”.

De hecho, desde el ministerio ha ejercido una suerte de activismo por ciertas libertades individuales como la dosis personal y la eutanasia. Ahora “conspira” con la líder feminista Mónica Roa y la concejal Angélica Lozano para presentar en la próxima legislatura un proyecto para la legalización del aborto en todos los casos.

“Soy, tal vez, el ministro más desaplicado en seguridad personal”. Hace unas semanas, después de un viaje a una finca con guardaespaldas a bordo, el ministro le dijo a su esposa que no

quería volver a salir: “Estamos conscientes de que no tenemos una vida familiar y eso es aburridor”. Lo que Gaviria no avizó es que sería el blanco de todas las miradas; en sus visitas a regiones es complicado algo tan rutinario como ir al baño. Siente un profundo descanso cuando se monta en el avión de regreso a casa. “Uno también se adapta a la mala vida”, lamenta.

¿Un hombre público puede sentirse un hombre libre?

“En los ámbitos sociales me siento un hombre libre, pero ahora siento que algunas de mis libertades están coartadas: para opinar ciertas cosas, para decir lo que siento; pero es normal, mi trabajo también es colectivo y debe obedecer a unas directrices. Eso lo entendí desde el comienzo. En mi blog trato de opinar de manera franca y más aséptica. Pero sí aspiro a recuperar algo de esas libertades. Aunque tengo un poquito de miedo de volver a ser columnista, va a ser difícil. Vamos a ver cómo me invento”.

¿Cómo se mueve un liberal entre tanto godo del gobierno Santos?

“El país es muy godo. Uno muy godo y complicado es Vargas Lleras. Pero hay ciertos temas en los que el presidente me ha apoyado, como el de las drogas. El gabinete es heterogéneo y medio extraño, tengo tres o cuatro personas con las que puedo compartir ideas y tengo eco, como la ministra de Cultura, Mariana Garcés, o la canciller, María Ángela Holguín. Hace cinco meses, en el gabinete tuvimos una discusión sobre una película de narcotráfico en Colombia, iba a aplicar a algunos fondos de la Ley de Cine. Le querían negar los recursos por la temática. El presidente apoyó a quienes defendimos la calidad estética y no la temática de la película”.

Sobre la línea que separa la libertad del libertinaje...

“Soy un poco libertario. Por lo menos instintivamente, tengo poca condescendencia con el poder, he sido desobediente desde chiquito. He tenido problemas con casi todos mis jefes, a pesar de que tampoco soy rebelde porque sí. Comparto ciertas ideas libertarias, aunque no estoy en el anarquismo”.

El otro Alejandro

A Alejandro Gaviria Uribe le preocupa el tiempo, que es la vida misma. No lo inquieta la vejez, solo piensa con desasosiego en la muerte. Uno se muere y ya: “Lo que me parece más triste es que cada uno de nosotros guarda en el cerebro una cosa única. Y eso se pierde”.

En las cinco libretas que carga en su portafolio, consigna notas de diversa índole. Recoge pensamientos para escribir el ensayo “Veinte ideas para entender a Colombia”, inspirado en sus clases de Introducción a la economía colombiana y aprendizajes en el ministerio, memorias y reflexiones. También le gustaría volver a la vida y obra de Joseph Conrad.

En un salón del edificio de Extensión de la Universidad de Antioquia, dos asesoras del Ministerio de Salud y Protección Social miran el reloj. Sin disimular, él esquivo sus miradas, continúa conversando sobre poesía. Un almuerzo en Proantioquia no da espera.

Alejandro se fuga de su abstracción literaria. Recoge las libretas y, antes de que se termine de levantar de la silla, los guardaespaldas acuden a su encuentro. Se retira. Y vuelve a ser el otro, el ministro.

Regresa a su vida alterna. La del peso infinito de infinitas miradas. ■

.....
Ana Cristina Restrepo Jiménez (Colombia)

Periodista independiente y profesora de la Universidad Eafit.

Un decálogo reformista

1. El reformador debe combatir dos formas extremas de dogmatismo: la primera postula que el Estado (o la estatización) es la solución de todos los problemas; la segunda, que, directa o indirectamente, el Estado es la fuente de todos los problemas.
2. El reformador debe tener en cuenta que, así como hay fallas de mercado, hay fallas de Estado. Cualquier intento de reforma tiene que partir de un entendimiento sofisticado de ambos problemas.
3. El reformador debe rechazar la disyuntiva falsa entre “un sistema injusto y corrupto que no puede mejorarse y otro racional y armonioso que ya no habría que mejorar”. El cambio social no es cuestión de todo o nada, es cuestión de más o menos.
4. El reformismo permanente, continuo, basado en el conocimiento práctico de los problemas, es siempre más eficaz que el reformismo ocasional y utópico, basado en concepciones ideológicas y en objetivos grandilocuentes.
5. El reformador debe huir de las utopías regresivas, de la retórica pomposa de la revolución y de los que destruyen sin haber construido.
6. El reformador nunca debe perder de vista los valores progresivos, los objetivos intrínsecos de todo proceso de cambio. Las reformas se hacen para la gente, no para los agentes (quienes casi siempre disfrazan sus intereses particulares de altruismo y desprendimiento).
7. El reformador debe ser consciente de una asimetría fundamental: el poder del Estado es mayor para redistribuir que para generar bienestar. Por ello muchos reformadores terminan siendo árbitros de contiendas redistributivas, decidiendo qué grupo gana y qué grupo pierde pero no contribuyendo al bienestar de las mayorías.
8. Las reformas legales cambian los incentivos, pero no cambian las normas sociales (la cultura). Tampoco crean, por sí solas, capacidades colectivas. Por lo tanto los efectos de las reformas legales son con frecuencia inferiores a lo presupuestado.
9. Los reformadores deben evitar caer en “la pretensión del conocimiento”. En los sistemas abiertos y complejos, los efectos de los cambios legales son en buena medida impredecibles e imprevisibles. De allí la importancia del gradualismo y la experimentación permanente.
10. El reformador debe entender que casi siempre es una figura trágica. Su respetabilidad (ética) viene de su insistencia en hacer lo que toca en contra de las fuerzas (mayoritarias) de la insensatez, el oportunismo y la indiferencia.